

Presentación

Juan Irigoyen

En las últimas décadas se produce una secuencia de cambios en la educación, y, específicamente, en la universidad. Estos se acumulan y recombinan, de modo que el conjunto de la organización universitaria es drásticamente modificada. Las transformaciones afectan a las finalidades, a la definición de los resultados, a los procesos y los métodos organizativos, a las significaciones compartidas, así como a las subjetividades de los docentes y los estudiantes. El origen de estos cambios remite a una gran transformación global, que resulta, entre otros factores, de la hegemonía del neoliberalismo. Esta mutación disuelve la frontera existente entre la universidad y su entorno, de modo que esta es reconfigurada supeditándose a los intereses económicos y políticos hegemónicos. De este modo su autonomía convencional es reducida sustantivamente.

El proyecto emergente que impulsa la transformación de la universidad, se funda sobre la necesidad de expandir los mercados, liberándolos de constricciones. Para conseguir esta finalidad se remodelan todas las instituciones, adaptándolas al proyecto global. Todas las organizaciones burocráticas y profesionales asociadas al estado de bienestar son reconstituídas sobre nuevos supuestos. La educación es redefinida como un sector que contribuye al crecimiento económico general, perdiendo su autonomía tradicional. De este principio resulta una estrategia política y económica, cuyo supuesto fundamental es que la educación constituye un factor de incremento de la productividad. En coherencia con este supuesto, se entiende a la universidad como una instancia que provee a los mercados de profesionales, y, que ella misma genera nuevos mercados de titulaciones y productos derivados de la investigación. Las finalidades convencionales asociadas a la educación son subordinadas y relegadas a este precepto.

Así, las estructuras de la academia como institución se entienden como un obstáculo al avance del proyecto global. Una dimensión fundamental de la reforma radica en la configuración de nuevas élites, que resultan de la introducción de la nueva institución de la gestión, fundada en las versiones más recientes del management, cuya herramienta esencial es la evaluación. Mediante la misma, se introducen nuevos criterios extraacadémicos de los que resultan nuevas jerarquías organizativas. Las antiguas élites académicas, se ven obligadas a repositionarse con respecto a los nuevos criterios establecidos por las agencias externas y sus dinámicas evaluadoras. Estas impulsan una reorganización de la universidad que facilite la expansión y actuación de las fuerzas del mercado.

En los procesos de reconfiguración de la nueva universidad, la evaluación desempeña un papel determinante como herramienta al servicio del proyecto global. Los antiguos evaluadores –los docentes para los estudiantes, así como los miembros de las jerarquías disciplinares para los profesores y los investigadores– son devaluados mediante la emergencia de la nueva evaluación, que los transforma en sujetos eva-

luados. La nueva evaluación se extiende a todo el campo educativo y desempeña un papel determinante en los cambios a favor de la transformación global. Esta se inspira en nuevos supuestos economicistas y de mercado, mediante los que se procede a una selección, clasificación, jerarquización y exclusión de centros, titulaciones, programas, profesores y alumnos.

Esta reforma neoliberal es intensamente radical en sus objetivos, sus estrategias y su maquinaria de ejecución, pero no se manifiesta explícitamente en términos de producción de un discurso transparente, sino que se implementa mediante una cadena de cambios que producen puntos de ruptura. La red de agencias, organismos gubernamentales e instancias empresariales que la impulsa, produce un nuevo campo organizativo mediante la promulgación de un conjunto de reglas que alteran las relaciones de poder en toda la institución. La programación de los méritos a alcanzar, así como los cursos de acción para su consecución, constituyen el escenario en el que se inscriben los profesores. Así se conforma un nuevo sujeto que se adapta a los cambios mediante la adopción de un sentido común sobrio y rigurosamente individualizado.

La consolidación de estos cambios radicales genera un extraño y peculiar estado de vacío y anomia en las organizaciones educativas. La nueva evaluación establece los itinerarios, los escalafones, las trayectorias, los ascensos y las remuneraciones, de modo que cada sujeto deviene en un calculador de sus acciones para seguir una carrera profesional establecida. En este contexto, los procesos organizativos de diferenciación y competencia entre sujetos, producen lo que Santos Guerra denomina como “patologización de la evaluación”, que es una de las formas de perversión institucional asociada al control que las estructuras del estado-mercado establecen desde el exterior sobre la academia. Así, los departamentos y los grupos de investigación son reconstituidos sobre nuevas bases que reducen la cooperación y alteran los sentidos organizadores, devaluando la docencia.

De este modo, se asienta la reforma y la nueva evaluación, que deviene en una tecnología de disciplinamiento intensivo de los profesores. Pero, como el proceso de transformaciones es entendido cambio a cambio, con independencia del proceso general de la reforma, la cual permanece en estado de opacidad, la evaluación se sobreentiende en su sentido tradicional, es decir, como una categoría predefinida, como una premisa válida que nadie cuestiona. Así, la evaluación es un enunciado validado por su pertenencia a un marco de referencia compartido, perteneciente al orden institucional anterior, avalado por la experiencia común, pero que ha sido transformado por la reforma. De este modo, se excluye la problematización y se facilita su aceptación como un hecho natural, cuya naturaleza se entiende como técnica, liberándolo de su carga política y pertenencia al núcleo de la reforma radical.

La consideración de la nueva evaluación desde los esquemas conceptuales del pasado, dificulta su comprensión en el presente, y remite a la necesidad de entenderla desde otra mirada, sustentada en nuevos paradigmas. Este es el espacio en el que se ubica el presente número de la RASE. La perspectiva de Foucault y el paradigma de la gubernamentalidad, permite comprender las múltiples dimensiones involucradas en la reforma de la universidad. Su núcleo duro radica en la afirmación de que el neoliberalismo no es sólo una ideología acompañante de una estrategia política y económica, sino una racionalidad de gobierno y unas tecnologías de gobierno, cuya finalidad es la conducción de los sujetos definidos como “empresarios de sí mismos”. Los procesos de configuración de la subjetividad constituyen la esencia de la reforma, así como de las nuevas organizaciones resultantes de la misma. La cuestión fundamental radica en el imperativo de producir un nuevo sujeto autorregulado. Todas las arquitecturas de la reforma se articulan en torno a este núcleo, que pone de manifiesto la generación de las subjetividades imprescindibles para recrear el nuevo orden organizacional.

El enfoque de la gubernamentalidad de Foucault permite comprender la cuestión esencial de las transformaciones operadas en la universidad, como es el reemplazo de las regulaciones, lógicas y racionalidades convencionales, por la emergencia de la forma-empresa, que reconfigura todos los espacios según el modelo empresa, en la que los sujetos se autogobiernan y asumen responsabilidades según la programación establecida. Así, los profesores son moldeados mediante la conformación de un nuevo sentido común resultante de la adaptación al entorno minuciosamente definido por los agentes y operadores de la reforma. Cada profesor, ahora empresario de sí, es remodelado como un capital que él mismo tiene que gestionar y maximizar.

Así, desde la sólida perspectiva de los estudios de la gubernamentalidad, la reforma de la universidad no es sólo una cuestión política, económica o ideológica, sino, por el contrario, excede estas dimensiones y se inscribe en una reconfiguración de las subjetividades. Los profesores son fabricados como sujetos portadores de un capital individual que tienen que desarrollar en el entorno programado que se les ofrece. Las identidades docentes se modifican profundamente, así como las relaciones, tanto entre las personas como los proyectos o las unidades organizativas, ahora determinadas por la producción de las diferencias, que se constituyen en la gestión de la hipercompetencia permanente.

La noción de gubernamentalidad, entendida como la concurrencia de racionalidades de gobierno y las tecnologías de gobierno, que se produce, según Foucault, mediante un sumatorio de instituciones, procedimientos, análisis, estrategias, tácticas y otros elementos, proporciona a la nueva evaluación la oportunidad de constituirse como una pieza esencial en el dispositivo de gobierno de la universidad, fundado en la competencia sin fin entre los departamentos, los proyectos y los grupos que albergan a los profesores empresarios de sí. Se trata de la instancia que modela la autoconciencia que regula los comportamientos individuales, que dirigen sus inversiones a la consecución de los objetivos programados. Así, la academia es modificada mediante esta mutación en su forma de gobierno, que asegura la colaboración de los docentes subordinados a las nuevas reglas, que les obligan a repositionarse permanentemente.

Los cuatro primeros textos que se presentan exploran las relaciones entre la evaluación y la universidad desde el entramado de categorías producidas por la teoría de la gubernamentalidad de Foucault. Patricia Amigot y Laureano Martínez analizan los nexos de la racionalidad neoliberal con la psicologización, la expertocracia, la homologación de esferas y la producción y consumo de libertad, que es una de las cuestiones esenciales y menos comprendida. La definición de la evaluación como una técnica de gobierno, implica unos efectos sobre la subjetividad de los profesores, de los que resulta la fragilización subjetiva y la producción del malestar.

Silvia Grinberg explora la genealogía de las prácticas evaluativas, que en el presente devienen en la multiplicación de exámenes y pruebas, que terminan por constituir el horizonte de sentido de las políticas educativas. Así se conforma una transición entre los viejos sentidos del vigilar y castigar enunciado por Foucault y la expansión del monitoreo y la intervención permanente de la nueva evaluación, que transciende la finalidad de corregir, para reconstituirse como presencia permanente mediante la conformación de la trayectoria. El monitoreo constituye un vínculo sólido con la última versión de la institución de la gerencia, tan necesitada de los rankings y su renovación permanente.

Jorge Martínez Posada pone de manifiesto la relación entre el modo de gobierno de una sociedad y el gobierno de sí mismos. El nuevo poder produce sujetos, de modo que en el presente, los dispositivos de control constituyen subjetividades específicas: las subjetividades de productores. La relación entre la subjetividad, la educación y la producción económica determina la naturaleza de la nueva universidad. El artículo analiza la constitución del dispositivo discursivo que produce la nueva subjetividad productiva,

así como las relaciones entre el arte gubernamental y los enunciados que expresan las dimensiones de la productividad, nucleados en torno al capital humano, desarrollo humano y competencias. Así, la universidad deviene en un dispositivo de producción de productores, organizado según un diseño biopolítico de la subjetividad.

María Luisa Villani y Ramón G. P Pacheco analizan el programa IDEX en Francia. Los conceptos de emprendimiento y excelencia son considerados desde la perspectiva de la nueva racionalidad de gobierno, que se entiende desde las categorías de la gubernamentalidad enunciadas por Foucault. Se ponen de manifiesto las ambivalencias del rol del nuevo emprendedor académico, el papel de las agencias y concluye interrogándose acerca de los riesgos que implica esta transformación.

Considerando la relevancia que adquiere la evaluación en la reforma de la universidad, acerca de la cual se producen distintas interpretaciones, se han incorporado textos con otros discursos críticos, que aportan nuevos ángulos de visión. A pesar de esta apertura a una pluralidad de enfoques, hemos mantenido el título del número, Evaluación y gubernamentalidad, en tanto que los cuatro textos referenciados en los estudios sobre la gubernamentalidad constituyen el núcleo del número.

El primero de los textos es de Vicente Manzano, autor de “La universidad comprometida”, un libro imprescindible en la era de la mercantilización de la institución. Se trata de un texto acorde con la complejidad determinada por la concurrencia de los procesos en curso, abriendo la mirada a nuevas dimensiones. Frente a una evaluación reduccionista, determinada por la productividad económica, propone la recuperación de las funciones derivadas de sus finalidades educativas, investigadoras y de transformación social, que pueden sintetizarse en el término “ciudadanía sabia”. El artículo de Javier Merchán recompone la evaluación desde el interior de la institución, privilegiando un enfoque pedagógico, dialogando con las formas de evaluación preexistentes, y reafirmando el vínculo entre la evaluación y la mejora de la educación, que es amenazado por la reforma neoliberal. Asimismo, José Luis Estévez explora los orígenes y la expansión de la evaluación, proponiendo un concepto tan relevante como el de stakeholder, a partir del cual se pueden comprender las relaciones entre los agentes que conforman el nuevo orden universitario, así como la coherencia de la propuesta de la reforma empresarial.

El artículo de Sergio Minué complementa la cuestión de la nueva evaluación y el management. Esta es transversal y es implementada en todos los campos organizativos. El análisis en el campo sanitario permite comprender la universalidad del modelo que impulsa la reforma, así como sus gramáticas de implementación. En el caso sanitario, los procesos reformistas proponen una desprofesionalización análoga a la de los profesores universitarios, de modo que transforme a los profesionales en productores, en esta ocasión bajo la denominación de proveedores de servicios de salud. También se incluye un artículo que introduce una perspectiva adicional. Es el texto de Eduardo Serrano y los miembros de la ULEX, que analiza una experiencia alternativa a la universidad convencional. Me parece una contribución fundamental, en tanto que las experiencias alternativas emergentes se encuentran determinadas por la restricción de las misiones y los procesos de producción del conocimiento que se derivan de la reforma de la universidad. En este tiempo parece imprescindible la cooperación entre la universidad y los movimientos sociales.

El número se cierra con una autobiografía profesional de un sociólogo que narra su tránsito por las facultades, los estudios de ciclo superior y el mundo de la investigación. Me parece un testimonio muy sólido, que describe algunas dimensiones de los contextos académicos; muestra los mundos vividos por los estudiantes; reflexiona acerca de los determinantes del éxito y el fracaso académico, y hace visibles los sufrimientos de los aspirantes a la excelencia académica. Además, pone de manifiesto los determinantes sociales de las carreras académicas. Las narrativas de las instituciones académicas y profesionales

se elaboran sobre modelos experimentados por los ganadores. El valor de este documento radica en la presentación de un caso cuyo desenlace no es el éxito. Así, muestra la subjetividad asociada, si no al fracaso, sí a la no obtención de la recompensa final. Espero que tanto profesores como profesionales puedan reflexionar sobre este testimonio. También manifiesto mi agradecimiento, que llega hasta el afecto, a la persona que lo ha escrito. Concluyo formulando mi pregunta: ¿dónde están los que no llegan a la meta, que son la mayoría de los candidatos? Los discursos de la excelencia vigentes, en los que el éxito es obligatorio, ocultan esta realidad.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento en particular a Delia Langa, por el papel que ha desempeñado en el proceso de elaboración de este número. Todo ha sido más fácil con su presencia y su buen hacer. Sería imposible para mí concluir esta presentación sin agradecer a Julia Varela y Fernando Álvarez Uría por su aportación, introduciendo a Foucault en los tiempos más áridos de la sociología española.